

Miro en la pantalla del ordenador y las palabras emergen sin control. Mis dedos se mueven limitados por mi torpeza pero impulsados por el entusiasmo de escribirte, porque de hoy ya no pasa. Ganas que se revelan en cada pulsación magistralmente inquietantes. Con el estómago petrificado desde hace varios días, y sin sentir nada más que tu sofocante presencia que lo inunda todo allí donde estás. Y me acaloro, y no respiro, y ¡ Dios, la Virgen y todos los Santos!—*Se me había olvidado qué era esto. No quiero pensarlo. No quiero sentirlo. No quiero, simplemente, reconocerlo.*

Estás a mi lado. Justo en la cruceta paralela de la oficina, si levanto la vista te observo y te oigo hablar por teléfono a escondidas, con tu novia. Y no es que me importe, no, lo odio soberanamente. Y aunque no quiero, soy una espía sin sueldo de tu persona. Y te persigo con la mirada en cada movimiento que das. Eres una obsesión que me ridiculiza, y no me doy cuenta, y si lo hago ¡*Carajo!*— *No puedo evitarlo.*

Agudizo el oído, estás justificando nuevamente tu vida ante esa celosa y absorbente mujer: ¡No lo soporto!. Pero sigo ahí pegada al traslúcido cristal que nos separa, haciendo como que se me ha caído algo en el suelo. Y te escucho, tan lamentable y patético, en una sobredosis de sinceridad: "*No tengo el teléfono aquí, está recargándose en la mesa de mi compañera, Marta... Ya te he hablado de ella. Cariño, no te enfades. Bueno...no te he oigo, ¿qué le pasa a tu móvil? Sofía,... No me cuelgues, cariño y punto*". —Le vas diciendo tan ruin y mentiroso mientras me miras y separas el móvil de tu pabellón auditivo fingiendo gritar, y acto seguido, cuelgas y me guiñas un ojo. Y yo te sonrío, que es lo único inteligente que se me ocurre, por no matarte.

Me he levantado con la fuerza y el coraje de decírtelo a las claras y de una vez. Y por eso ando aquí pensando qué palabras usar para no humillarme demasiado. Esta mañana al llegar a la oficina, tras quitarme el abrigo, me he dirigido al perchero y he buscado el sitio para colocarlo hábilmente junto al tuyo. He permanecido de pie durante al menos un minuto, haciendo que buscaba algo en el bolsillo impregnándome de la fragancia que emanaba tu ropa, un olor a usado, a nuevo, a hombre que me ha dislocado la pituitaria y destrozado las neuronas. Y de golpe se han precipitado en un minuto infinito mil recuerdos de tu ser, de tu materia corpórea tan perfecta y perturbadora.

Tras el éxtasis, la realidad. Me he dirigido a mi mesa, y te he saludado enérgicamente: *¡Buenos días, caballero!*. —Te he dicho mientras te enseñaba hasta la última endodencia del premolar izquierdo al sonreírte.

—*¡Buenos días, princesita!* — Me has contestado tan masculino, educado y sincero

Risas, sonrisas, complicidad, dientes de ensueño y labios carnosos. Y yo, que me controlo nuevamente, para no abalanzarme, y robarte a mano armada mil besos.

He de reconocer que nunca había venido al trabajo con tantas ganas, con tanto ímpetu, con tan buen humor. Pero desde que estás aquí... has sido como un pedazo de cielo hermoso, divertido y lejano. Recuerdo el día que llegaste. Yo estaba en mi mundo, manejando fotocopias y perdida en un sin fin de documentos de proyecto. No te vi entrar, no te vi saludar a nadie, no te presentaron como el nuevo compañero. Y cuando levanté la vista, pensé y dije en voz alta: — *¡Madre mía, madre mía... qué mal... hasta alucinaciones tengo!*

Y tú me miraste y me dedicaste una sonrisa magnífica típica de los ganadores de corazón.

Durante un mes has realizando una sustitución por maternidad. Y te aseguro, que mi vida ha cambiado. Me siento renovada, ilusionada, con sueños y caminos nuevos que explorar: tan sencillos y esenciales, tan cotidianos, tan...yo que sé...que qué sé yo.

Porque pienso en ti a cada instante, en tu olor tan particular... en tu vida agitada, en tu casa sucia que me enseñaste ilusionado el pasado martes mientras cenábamos melón con jamón. Y pienso, muchas veces al cabo del día, en la genialidad de tu frase: *Marta, ¿quieres ser mi medio melón?*

Y me acuerdo, de tu guitarra española, de tu cuaderno de notas musicales, de tus dedos alargados y tus manos de frustrado pianista, y me acuerdo... de palabras desgarradoras en mil canciones románticas que me suenan a nuevas con las notas de tu guitarra y acompañadas por la torpeza de tu voz

Sí, Rodrigo, sin poder evitarlo, me sale el amor por los cuatro puntos cardinales. Y me acuerdo... de tus raíces del sur de Andalucía tan flamencas, señoriales y toreras. Y me acuerdo... de tus vivencias en el Este, bajo el decreciente de las puestas de sol infinitamente relajantes de la isla de Ibiza. Y me acuerdo de tu oeste, visitando Estoril. Y me acuerdo, de tu rumbo norte... y de tus sueños y de un sol que siempre dará luz y tu tierra de nadie donde siempre tendré un sitio. Y me acuerdo, sin querer hacerlo, de tu centro, lo cual es delirante y excitantemente peligroso. Y sé que me adoras, y que mi presencia te perturba tanto o más que a mí la tuya. Porque nuestras miradas son cómplices de un amor reprimido pero auténtico. El pasado Martes,

recuerda, en tu casa, cómo nos sentimos tan cerca y vivos, cómo nos sentimos tan dentro y fuera, tan armónicos y extasiados.

Cuando leas esta carta, sabrás mis sentimientos en primera persona, y decidas lo que decidas con respecto a nosotros, me gustaría que supieras que cuando sea mayor, muy mayor, y pueda ver con la mente del desconocimiento (que andará con total seguridad un tanto senil y perdida), con la sabiduría de la vejez, y la inquietud de los que tienen cosas que contar... a mis hijos y a mis nietos; estoy segura de que alguno de ellos me preguntará por el amor de mi vida. Indudablemente, les diré que su abuelo. Y una grata sonrisa me irradiará, ya que posteriormente añadiré: *"Sin embargo; hubo alguien, hace muchísimos años, que vivía en un cielo distinto, rodeado de arte y locura, alguien que me enseñó a volar con mi imaginación, que me ayudó a creer en mis posibilidades, que me entregó a cómodos plazos la esencia de su alma y la puso a mi disposición para ayudarme a escribir lo que yo no sabía que estaba en mi interior. Alguien, que, a cambio de la nada más bella, cambió mi vida totalmente"*. Y tu presencia y recuerdo regresará a mí estés donde estés.

Por todo lo que has despertado en mí, por ser hoy tu último día en esta oficina, compartiendo más de ocho horas de risas comedidas, frases de amor entrecortado, y encanto místico, por todo... tengo que decirte, que no te irás de mi lado sin antes saber que desde lo más hondo de mí, una frase emerge y flota buscando el viento fuerte que la impulse. Pon viento en popa a toda vela y sonríe cuando leas: *Si, Rodrigo, quiero ser tu medio melón.*

MARTA